

Heike Freire, periodista

# PATIOS VIVOS PARA CRECER Y APRENDER

El Safareig ('El lavadero') es un lugar de encuentro, formación e intercambio de experiencias en torno a la infancia y la naturaleza. Carme Cols y Pitu Fernández, dos maestros jubilados, ofrecen a las escuelas la sabiduría acumulada en sus más de 30 años de investigación sobre las cualidades de los elementos vivos. Una pedagogía basada en el contacto con el agua, el aire, la luz, la tierra, la vegetación, los espacios abiertos y un profundo respeto hacia las necesidades auténticas de las niñas y niños.







Un nutrido grupo de moreras dibujan sombras en el suelo con sus anchas hojas. Setos de *Phytolacca*, *Viburnum*, *Aralia*, *Lentisco*, *Forsythia*... regalan la vista con verdes intensos, rojos, blancos, amarillos, rosas, naranjas... Hay fuentes, pequeños senderos, bancos de madera, pérgolas por las que suben las madreselvas y las hiedras o de las que cuelgan preciosas telas pintadas; macetas y jardineras con plantas aromáticas que perfuman el aire; piedras de diferentes tamaños y texturas; troncos para escalar a distintas alturas... Colorido, misterioso y lleno de propuestas, el lugar ofrece rincones para tumbarse, conversar, hacer cocinitas, esconderse, saltar, escalar, columpiarse, correr aventuras o simplemente contemplar y deleitarse en el placer de los sentidos. Medio centenar de niños, niñas y adultos charlan tranquilamente en pequeños grupos o van de aquí para allá investigando hormigas, transportando tubos, cubos, embudos, palas, camiones... en el enorme arenero central, cubierto con un generoso toldo. Los pequeños están tranquilos, concentrados, plenamente presentes y completamente entregados a sus juegos. Los adultos parecen relajados. A veces se agachan para interactuar con los niños o simplemente les observan con atención, fascinados y sonrientes. Se respira calma, ternura y bienestar. Es el parque infantil ideal, sin rejas ni cemento, sin caucho ni plásticos, sin gritos ni

dramas, sin faltas de respeto... Un lugar de encuentro para disfrutar de la naturaleza y de la infancia; un pequeño paraíso para aprender a recibir lo que la vida nos regala a cada momento...

### VERDE QUE TE QUIERO VERDE

Estamos en el jardín de la Escola Bressol Municipal (EBM) Els Tabalets, de Valls (Tarragona), que acoge a los padres a cualquier hora del día, y donde se organizan actividades algunos fines de semana. “Si hubieras visto este lugar hace solo diez años –cuenta Marta Secall, la directora del centro–, no lo reconocerías. Era un auténtico erial, sin una sola sombra”. “Al menos no tuvimos que levantar cemento”, suspira con alivio Montse Pàmies, compañera de Marta y directora de la Escola Bressol Municipal Xiquets i Xiquetes, que abrió sus puertas hace solo tres cursos en la misma localidad. Ambas se dedican al cuidado de los más pequeños desde hace 30 años.

“Teníamos una terraza con juguetes y estructuras de plástico que a menudo provocaban llantos y peleas –continúa Marta–. Cuando hace diez años pasamos a ser escuela municipal y nos trasladamos a un nuevo edificio, decidimos

HEIKE FREIRE



En el arenero exploran texturas, crean formas y hacen “cocinitas”.

convertir el espacio exterior en un espejo de nuestro proyecto educativo”. “Queríamos que reflejara nuestros valores –sigue diciendo Montse–, nuestra forma de ver y entender la infancia; llenarlo de propuestas donde las criaturas pudieran inventar, crear y disfrutar en contacto con la naturaleza”.

Algunos de sus referentes pedagógicos como Friedrich Fröebel, Maria Montessori y Loris Malaguzzi ya destacaban la importancia del desarrollo sensorial y motor en los entornos naturales, donde nuestra especie ha evolucionado desde el principio de los tiempos. Convertir el patio de la escuela en un jardín era un sueño que podía hacerse realidad, pero había que encontrar la manera de llevarlo a cabo concretamente: “Lo primero que hicimos fue retirar todos los objetos de plástico para dar paso a materiales naturales –explica Marta–. Al mismo tiempo, empezamos a investigar y a formarnos, dedicando tiempo a observar, reflexionar y debatir sobre el proyecto”. Fue entonces cuando se plantearon algunas cuestiones decisivas: ¿qué necesidades tienen los niños y cómo las manifiestan?; ¿cuáles son sus intereses?; ¿cómo les acompañamos las maestras?; ¿qué zonas de vida diseñar?; ¿cómo hacerlas acogedoras y provocadoras a la vez?; ¿qué tipo de vegetación es la más adecuada en nuestro medio natural?; ¿qué materiales son necesarios para que niños y niñas puedan jugar, crear, hacer, deshacer, explorar, inventar, crecer?; ¿cómo tiene que ser el huerto?; ¿qué implicación tendrán las familias?

Abrir el patio a la naturaleza es mucho más que simplemente “decorarlo” con plantas y juegos. Significa embarcarse en un profundo replanteamiento de la forma en que habitamos los espacios escolares, organizamos los tiempos, acompañamos a los niños y niñas en sus procesos de crecimiento y validamos sus aprendizajes. Supone valorar e integrar en la labor educativa las aproximadamente 525 horas al año (a razón de media hora diaria) que pasa el alumnado en unos lugares vacíos y sin vida, destinados a un incierto y fugaz “esparcimiento”. Implica romper definitivamente con la dicotomía juego-aprendizaje y ocio-trabajo, para reconocer la importancia del bienestar, el placer, la autonomía, la espontaneidad y la globalidad en el desarrollo infantil: “Poco a poco, el patio se ha ido convirtiendo en uno de los espacios escolares más frecuentados. Aquí fuera pintan, modelan, comen, escuchan cuentos, hacen motricidad. Disfrutan de diferentes rincones y propuestas con total independencia, tranquilidad y seguridad”, señala Montse. “Hay una comunicación íntima y fluida entre interior y exterior: vivimos dentro y fuera todos los días del año –reflexiona Marta. Y añade–: Ha sido un proceso largo y complejo. Pero desde hace ocho años contamos con el generoso apoyo de Carme y Pitu, que ofrecen sus servicios de manera altruista; sin ellos todo habría sido mucho más difícil”.

## SOÑAR EL CAMBIO

Carme nos muestra orgullosa el exuberante prado lleno de flores, árboles y plantas de El Safareig, en la localidad de Sant Vicenç dels Horts, cerca de Barcelona. Ella misma lo ha sembrado. “Muchas veces simplemente esparciendo semillas al azar, igual que el viento”, explica. Lentamente, se acerca a una gramínea y acaricia sus semillas con un gesto rotundo: “Un jardín ha de ser un espacio al que los niños se acerquen con todos sus sentidos –afirma sonriendo–. Que puedan tocar, oler, degustar...”. Y contemplando la lavanda ya casi en flor junto al diente de león y el malvasico, concluye: “Ha de ser un lugar con el que puedan relacionarse directamente y sin miedo”. La maestra lamenta la falta de contacto con el mundo natural que sufren actualmente niños y niñas: “Hoy las criaturas van en coche a todas partes y pasan mucho tiempo encerradas. La escuela debe ofrecerles lo que más necesitan: un contacto cotidiano e íntimo con la naturaleza”.

Cerca de aquí está el viejo lavadero del siglo XVIII que da nombre al proyecto iniciado hace unos diez años por esta pareja de maestros. Desde entonces, más de 200 escuelas han solicitado su apoyo, tanto en Cataluña como en otras partes de la Península.

Es el caso de la Escola dels Dracs, situada en Fonollosa (Maresa). Kristina Nastupkaite, madre de tres alumnos y presidenta del AMPA, se puso en contacto con Carme hace unos meses, a través de la asociación de maestros Rosa Sensat: “Tenemos un patio muy bonito y queremos dejarlo todavía más hermoso”, asegura Kristina. Tras un primer encuentro, Carme y Pitu viajan a Fonollosa para reunirse con el equipo docente. El objetivo es presentar la idea, concretarla y lanzar el proyecto.

Las maestras son conscientes de que el patio es una especie de tarjeta de presentación del centro, la imagen que ofrecen al exterior. “Pero no se trata simplemente de decorarlo –recuerda Carme–. Ni tampoco merece la pena hacer el esfuerzo de transformarlo para que solo se utilice media hora al día”. Hay que plantearlo con criterios de economía, sencillez, confort, sostenibilidad, estética, funcionalidad... y, sobre todo, con una intencionalidad educativa: “Que los niños puedan hacer proyectos en él, que sea su segundo maestro, como decía Maria Montessori. –Y precisa–: Un patio bien diseñado ofrece un sinfín de oportunidades de aprendizaje: favorece el bienestar y la salud de los alumnos, el juego y la experimentación, el movimiento y el control del riesgo, la socialización, el conocimiento del entorno, el arte y la creatividad, la autonomía, etc.”. E insiste en que lo más importante es empezar pequeño, sin prisa, para que todo el mundo pueda participar, hacer suyo el proyecto: “Hay que evitar crear grandes expectativas; avanzar poco a poco, en el día a día”.

“Ahora vamos a ver cómo es vuestro patio –sugiere Pitu, proyectando unas fotos–. ¿Cuáles son sus puntos fuertes y débiles? ¿Qué cosas os gustan y cuáles no? Sin censuras. Atreveos a soñar el patio que os gustaría”. Kristina es la primera en intervenir: “A mí me agrada que tenga desniveles y no sea plano; que esté cubierto de grava y rodeado de naturaleza”. “Además, tenemos un huerto hermoso”, añade una maestra. “Me gustaría que no tuviese valla y los niños pudieran entrar libremente”, comenta otra. “A mí me parece bonita la plaza central, es un lugar de encuentro para mucha gente”, afirma una tercera.

Carme explica con gestos cómicos, entre risas y bromas, lo incómodas que resultan las batas escolares para las actividades infantiles en el exterior: “Impiden el movimiento, especialmente en el arenero. Además, se llenan de polvo y luego con eso van a comer”. En ese momento, entran varias alumnas de P3 y P4 buscando a su maestra. Con toda naturalidad, les invitan a participar en la reunión. De pronto, una de las niñas exclama señalando la pantalla: “¡Es el patio de los mayores! ¡Y su arenero! Nosotras no podemos ir, por si nos hacen daño”. El grupo también expresa su necesidad de crear sus propios juegos y de moverse con mayor libertad por el espacio.

Tras su marcha, Carme comenta que, bien organizado, el espacio exterior puede ser un lugar de encuentro entre distintas edades donde pequeños y mayores aprendan a convivir y a cuidarse: “Los conflictos se generan en las salidas masificadas, cuando hay prisa y solo media hora para jugar. En lo cotidiano, en la naturaleza, apenas hay problemas”.

También habla de potenciar la creatividad de los alumnos ofreciéndoles materiales naturales no estructurados, como piedras, palos y hojas, en lugar de juguetes de plástico que no suponen ningún aliciente, además de ser tóxicos y nada sostenibles. A la hora de diseñar el patio, es esencial conocer los deseos e intereses de los alumnos, pero: “¡Atención!, sin caer en la típica carta a los reyes magos”. Hay que saber descifrar sus mensajes, hacerles las preguntas adecuadas y transmitirles valores como la sencillez y el respeto hacia el medio ambiente. “Por ejemplo –explica Carme–, si les dices: ¿qué os gustaría tener en el patio?, te pueden pedir una piscina de bolas. Pero si indagas en sus juegos y observas su actividad espontánea, obtendrás muchas ideas para configurar espacios y materiales que les ayuden a desarrollarlos”.

Para enriquecer la vegetación, una pista es fijarse en las cualidades sensibles del entorno: ¿qué falta aquí?: colores, sabores, olores, texturas... Las plantas aromáticas estimulan el olfato, la mayoría también son interesantes desde el

punto de vista táctil y pueden degustarse sin peligro. Las trepadoras ofrecen sombra y en algunos casos alimento, como las parras, por ejemplo. El objetivo es crear espacios polivalentes que favorezcan el juego, la imaginación y la experimentación. Pitu muestra algunas imágenes de patios en diferentes procesos de transformación: “Las plantas, bancos, mesas, areneros, fuentes, etc., son puntos de referencia estables que delimitan y dan forma al espacio –explica–. Orientan el juego y el movimiento de los niños sin necesidad de prohibir”.

Entusiasmado, el director quiere pasar a la acción: “Vamos a ver, ¿por dónde empezamos?”. Lo primero es crear una comisión de patio con los alumnos, padres y maestras interesados para recoger información e iniciar pequeñas actuaciones. Después, las opciones son muchas: crear un rincón para los mayores y convertirlo en un aula de naturaleza, diseñar espacios con mesas y sombras para que los pequeños pasen más tiempo aprendiendo fuera...

Una maestra se fija en el teatro al aire libre que aparece en algunas fotos: “¡Qué bonito!, y con un simple peldaño...”. El grupo se anima y llueven las ideas: “Podríamos ponerlo en mitad de la plaza”, propone alguien. “O en la esquina junto al viejo roble”, sugiere otra maestra. Satisfecho, Pitu reflexiona en voz alta: “Así es como se abre la posibilidad de cambio: cuando empezamos a soñar...”.

## EL PATIO QUE QUEREMOS

El CEIP de la Colonia Güell, cerca de Barcelona, inició hace unos años un proceso de transformación de su espacio exterior, precisamente a partir de los sueños: “Empezamos formando tres grupos, padres, maestros y niños por separado; en cada uno, los participantes imaginaron el patio ideal con el que soñaban o habían soñado de pequeños –explica Assumpta Calvís, docente de Primaria y una de las impulsoras del proyecto–. Después nos juntamos y analizamos las convergencias: lugares a los que subirse, cabañas para esconderse, árboles y plantas...”. Los trabajos se llevaron a cabo en su mayor parte con materiales reciclados gracias a una pequeña aportación conjunta del AMPA, la escuela y el ayuntamiento. Pero sobre todo fueron posibles por la complicidad, la energía y la participación activa de toda la comunidad educativa: “Había muchísima actividad. Los niños diseñaron maquetas de las construcciones; algunos padres del ámbito de la arquitectura estudiaron la normativa y dieron soluciones seguras. Y juntos, familias y docentes, trabajamos en las estructuras incluso sábados y domingos –recuerda Assumpta–. Ahora es un espacio común que todos podemos disfrutar por las tardes y algunos fines de semana”.



## PEDAGOGÍA DEL RIESGO

Algunas personas temen que los niños se peleen o se hagan daño cuando están en espacios amplios donde resulta más complicado vigilarlos e intervenir si es necesario. Pero la realidad puede ser muy distinta: “Ahora en el cole tenemos menos conflictos”, afirma Assumpta Calvís, profesora del CEIP Colonia Güell. Y su compañera Dolors Cuxart explica: “Antes el espacio estaba jerarquizado: lo usaban principalmente los niños más mayores para jugar al fútbol. Si no te gustaba darle a la pelota, no tenías más opciones. Se creaban tensiones”. Assumpta está de acuerdo: “Hemos observado grandes cambios en la forma de jugar. Es más colaborativa. Hay mucho más diálogo. Aprenden a convivir con diversos elementos, hacen proyectos, se ayudan...”. “Además –añade Carme–, los niños necesitan educarse en el riesgo para crecer con autonomía. Un tobogán metálico o un suelo sintético ardiendo al sol pueden ser mucho más peligrosos que un palo o una piedra”.

El problema es transmitir esa confianza a las personas que no están sensibilizadas. “Algunos padres encuentran chocante, por ejemplo, que dejemos a los niños ir sin zapatos”, cuenta Montse Pàmies, de la Escola Bressol Xiquets i Xiquetes, situada en Valls (Tarragona). ¿Cómo les convencéis de las ventajas? “Escuchamos sus miedos; siempre podemos aprender algo de ellos. Después les explicamos las ventajas de aprender a tomar riesgos, según sus capacidades; la importancia de no saltar etapas para que se desarrollen progresivamente, y los beneficios de andar descalzos para su salud”.



HEINE FREIRE

Una de las construcciones diseñadas por el propio alumnado ofrece a la vez refugio y posibilidades de movimiento.



Jugar con agua desarrolla la sensibilidad y favorece la concentración y relajación.

Hasta segundo de Primaria el patio se utiliza muchísimo: la puerta de acceso desde las aulas está casi siempre abierta (antes estaba sellada con silicona y había que salir por el pasillo). Los demás cursos, además del recreo y las dos horas y media que están fuera a la hora de comer, suelen usarlo para hacer talleres de arte, actividades de teatro y sesiones de lectura. En el proceso, los lazos entre los miembros de la comunidad se han estrechado, hay más unión y mejor comunicación. ¿Cuál es el secreto? “Si esperas a tener las condiciones óptimas no lo haces, pero si no tienes los mínimos (una persona que impulse, una comisión y una mínima organización) no avanza”, señala Soledad Balaguero, la directora. “De todas formas, cada centro tiene un equipo humano diferente y un entorno distinto. Hay que apoyarse en los puntos fuertes”, reflexiona Dolors Cuxart, profesora de Inglés y otra de las impulsoras. El Departamento de Educación de la Generalitat ha validado el proyecto y escogido al CEIP Colonia Güell como centro piloto para homologar los espacios exteriores de otras escuelas. Una

buena noticia que seguramente animará a muchos otros centros a lanzarse en la aventura de reconquistar para los niños y niñas espacios de juego y convivencia al aire libre.

## PARA SABER MÁS

### Páginas web

- El Safareig: <http://www.elsafareig.org>
- El pati que volem: <https://elpatiquenovolem.wordpress.com/>; <https://vimeo.com/95966019>